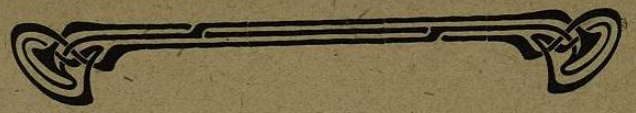


UNA ENFERMEDAD EXTRAÑA

La casa del notario se abría sobre la plaza del pueblo. Por detrás, un hermoso jardín bien cuidado extendíase hasta un callejón siempre desierto.

En el rincón más apartado y oculto del jardín, la señora del notario Moreau dió al capitán Sommerive—su asiduo galanteador—la primera cita.

El marido estaba en París. Ella disponía libremente de una semana. El capitán rogó tanto, imploró con palabras tan dulces, que pudo persuadirla de haberle inspirado un amor violento. La mujer sentíase abandonada, sola, mal comprendida, pospuesta de continuo á los contratos y escrituras—absorbentes preocupaciones del notario— y aceptó el cariño del amante, sin pensar el riesgo en que se vería cuando el apasionado manifestara otros deseos menos ideales.

Al fin, después de algunos meses de amor platónico, apretones de manos y besos furtivos, el capitán declaró que no pudiendo soportar sus ansias amorosas, hallábase decidido á pedir el traslado inmediatamente si no se le concedía mayor confianza: una entrevista en el jardín, por la noche, á la sombra de los árboles, durante las ausencias del marido.

Ella, por no perder el único encanto sentimental de su triste vida, cedió.

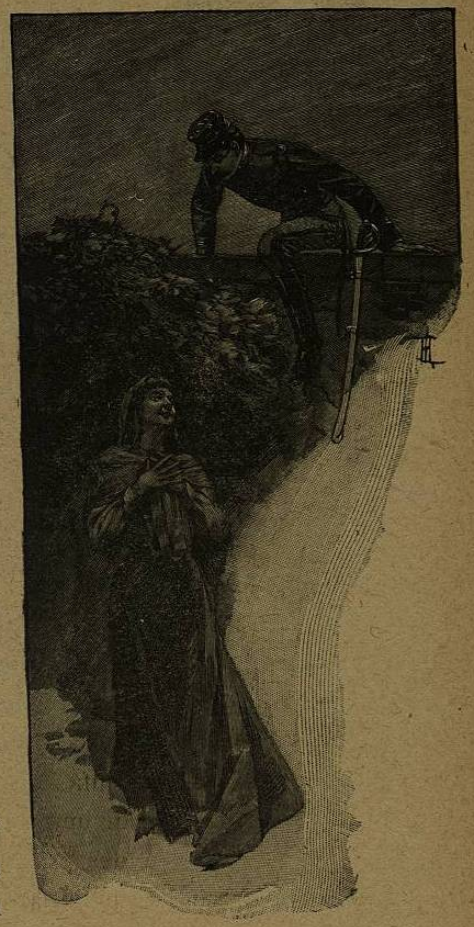
Le aguardaba ocultándose al pie del muro que separaba el jardín de la calleja, y estremecíase al más pequeño ruido su corazón palpitante.

De pronto, advirtió que un hombre asomaba por encima del muro, y asustándose, quiso huir. ¿Si no fuera él? ¿Si fuera un ladrón? Pero, no; una voz conocida, pronunciaba dulcemente su nombre: «¡Matilde!» y élla contestó: «¡Esteban!»

El hombre se descolgó, sonando, al dar en el suelo, como una espuerta de clavos.

¡Era él! ¡Qué beso!

Durante mucho rato estuvieron de pie, abrazados fuertemente y con las bocas unidas. Pero de pronto empezó á caer una lluvia menuda. Empapado el follaje, dejó resbalar una gota que fué á estrellarse contra el cuello de Matilde, haciéndola estremecer.



El capitán decía:

—Mi tesoro, mi bien, mi ángel, mi encanto; refugiémonos en tu casa. Ya es más de media noche, llueve, nadie nos verá. Vamos. Te lo suplico.

Ella murmuraba:

—No, amor mío; no. ¡Me da miedo! ¡Quién sabe lo que pudiera ocurrir!

Pero él, oprimiéndola entre los brazos, murmuraba en su oído:

—Tus criadas no pueden oirnos; ya están arriba durmiendo. Tienes en el piso bajo tu alcoba. ¿Qué puede ocurrir? Te adoro; te adoro; quiero gozar de todos tus encantos; ¡mía! ¡mía!

Y estrujándola contra su pecho, la hizo delirar.

Matilde resistió aún avergonzada y temorosa; pero él, cogiéndola por la cintura, la llevó en brazos.

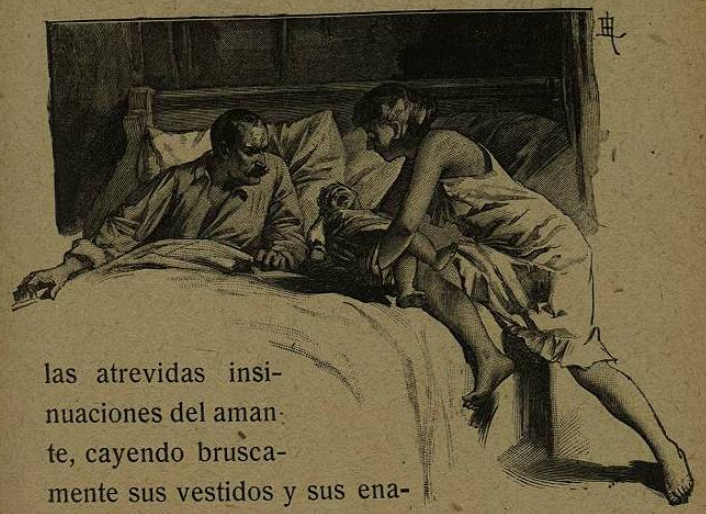
Diluviaba. Empujaron el postigo. Subieron á tientas; y viéndose ya en su alcoba, ella cerró con llave mientras él encendía un fósforo.

Luego, desplomóse Matilde sobre un sillón, abrumada. El capitán se puso de rodillas, y suavemente, acariciándola, poco á poco, la desnudó.

Quitóla primero las botas y las medias, para besar los pies. Ella balbuceaba, desfalleciendo:

—No, no, Esteban; te lo suplico; Esteban... déjame... Querámonos como siempre... Nada más... No! ¡Déjame! Sería una infamia... una vergüenza...

Con destreza propia de una mujer, y con la prisa natural de un hombre deseoso, él desabrochaba, desataba, desligaba, desprendía. Y cuando Matilde quiso levantarse, temerosa, para huir, para evitar



las atrevidas insinuaciones del amante, cayendo bruscamente sus vestidos y sus enaguas, vióse desnuda como una mano al salir de un manguito.

Aturdida, corrió hacia la cama para ocultarse detrás de las colgaduras. El refugio era peligroso. El se acercaba insistiendo, y al desprender el broche del cinturón, se le fué de las manos, haciendo el sable al caer un ruido infernal.

Como un eco, resonó un chillido agudo y prolongado.

Matilde murmuró desconsolada:

—Se ha despertado el nene y no podrá volver á dormirse.

La criatura, de catorce meses, dormía, pared por medio, en su cuna, con la puerta entornada, para que su madre pudiese oir de noche.

Arrastrado por sus ardores, el capitán insistía en sus deseos:

—¿Qué importa?, ¿qué importa? ¡Matilde! ¡Mía! ¡Te adoro!

Ella se rebelaba con espanto:

—No, no; espera; llora mucho; se despertará la nodriza. Si viniera, ¿qué sería de mí? Esteban, por Dios; oye... Su padre tiene la costumbre de traerlo á la cama... Y el nene se consuela. No hay otro medio. Iré á buscarlo. Déjame.

La criatura berreaba con tal ardor, que deberían oirlo desde la calle.

Consternado el capitán, se apartó, y Matilde fué al aposento inmediato, presentándose al punto con el nene.

Fué un remedio eficaz.

Esteban, montado en una silla, encendió un cigarrillo. A los pocos minutos, el chiquillo dormía. Matilde murmuró:

—Lo volveré á la cuna.

Y así lo hizo, con muchas precauciones.

Junto á la puerta la esperaba el capitán con los brazos abiertos.

Loco de amor, la cubrió de caricias, y ella, entregada por fin, balbuciente, repetía:

—Esteban... Esteban... ¡Amor mío! ¡Tuya! ¡Tuya! No sabes cuánto...

El nene berreaba de nuevo.

El capitán, furioso, masculló:

—¡Voto á chápiro! ¡No se callará ese posma!

No, no se callaba; muy al contrario, iba subiendo el tono.

Matilde creyó sentir pisadas en el otro piso. La nodriza se disponía probablemente á bajar.

Levantóse, cogió al niño y lo puso en la cama. Como un santo; ni chistó.

Lo volvió á la cuna, y al poco rato fué preciso ir á buscarle. Así, tres veces.

Antes de amanecer se marchó el capitán Sommerive, renegando, furioso contra la impertinencia filial y bendiciendo á Herodes.

Ella, para tranquilizarle, prometió recibirle otra vez.

Llegó á la hora, como la noche anterior, pero más impaciente, más apasionado aún.

Tuvo precauciones para dejar el sable, sin ruido, entre los brazos de un sillón, se quitó las botas para que no crujieran, habló tan bajo, que Matilde no lograba entenderle.

Se prometía ser dichoso, completamente dichoso...

El tillado, algún mueble, tal vez la cama, crujió.

Fué un ruido seco y penetrante.

Y al punto el nene comenzó á llorar; estaba despierto.

Al principio, se dolía lánguidamente; pero pronto su gruñido fué tan espantoso como el de una zorra cogida en un cepo. Era una voz de alarma.

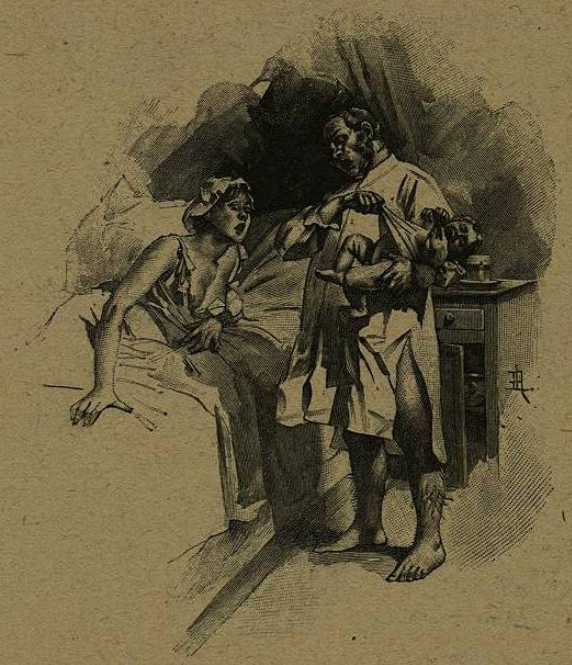
La madre fué á cogerle. Furioso, el capitán siguió acostado. Suavemente, con disimulo, al ver á mano aquel muñeco, le cogió un pellizco y otro y otro, apretando bien. Con los ojos lívidos y la boca espumante, acongojado, trémulo, el niño se ahogaba, el dolor agudo y repetido le vencía.

En cuanto su madre lo volvió á la cuna, quedóse callado.

A la tercera noche ya no lloraba: temía sin duda que lo llevasen á la cama grande.

Volvió el notario á posesionarse de su hogar y de su mujer.

Acostóse temprano, y en cuanto descansó, des-



pués de haber cumplido como un hombre metódico sus deberes matrimoniales:

—El niño no llora esta noche—advirtió—. Anda,

tráelo, Matilde; me agrada tenerle aquí, entre nosotros.

La mujer, levantándose, cogió al niño, y en cuanto éste se vió en la cama, que pocos días antes aún era su delicia, escarmentado, comenzó á llorar furiosamente. Hubo que volverlo á la cuna.

El señor Moreau no salía de su asombro:

—¿Viste algo semejante? ¿Qué le ocurre? ¿Tendrá mucho sueño?

La esposa respondió:

—Ahora, todas las noches hace lo mismo.

Por la mañana, el chiquillo despertó alegre, sacudiendo sus brazos.

El notario lo cogió, acariciándole, y dirigióse con el niño en alto hacia la cama conyugal. Satisfecho, el chiquillo reía; pero en cuanto vió á su madre acostada, tembloroso, descompuesto, se puso á berrear, pataleando como si lo martirizasen.

El padre, sorprendido, indicó:

—Algo le duele.

Y al descubrirle, para ver su carne desnuda, lanzó una exclamación dolorosa.

Los muslos, el culito, la barriga, los costados, hallábanse cubiertos de cardenales.

—Mira, Matilde, mira; ¡es horroroso!

La madre corrió apresurada. Aquellos manchones aparecían cruzados por una línea sanguinolenta. ¿Qué podía ser aquella manifestación externa de una enfermedad para ellos desconocida?

Matilde y su esposo quedáronse como viendo visiones.

—Urge llamar á un médico—afirmó el hombre.

Pero la mujer, pálida como una muerta, contemplaba la piel de su hijo, semejante á la de un leopardo. Y de pronto, después de lanzar un grito agudo, violento, desentonada gritó:

—¡Qué acción tan miserable! ¡Canalla! ¡Canalla!

El marido, absorto al oirla, precipitóse á preguntarle:

—¿Quién? Dime lo que sospechas. ¿Quién?

Sofocada Matilde, balbuceó:

—... ¿Quién?... La nodriza... No hace falta que venga el médico... No es una enfermedad... Son pellizcos...

El notario, furioso, la emprendió contra la nodriza.